

CAPÍTULO II.

Celebran los españoles con un banquete la toma de Méjico.—Reparto del tesoro.—Cien pesos fué la cantidad que les tocó á los soldados.—Quejas contra Hernan Cortés y Guatemotzin creyéndolos de acuerdo en ocultar el tesoro.—Pide el ejército que se dé tormento á Guatemotzin para que confiese donde ha ocultado el tesoro.—Cortés se opone; pero al verse acusado, entrega á sus soldados el prisionero.—Tormento de Guatemotzin.—Noble espíritu de éste.—Pasquines de algunos soldados contra Cortés.—Orígen del oro llamado de tepuzque.—Nuevas provincias envian sus embajadores á Cortés reconociendo espontáneamente por soberano al monarca de Castilla.—Visita del hermano del rey de Michoacan á Cortés.—Visita del rey de Michoacan al jefe español, declarándose voluntariamente vasallo del rey de España.—Envian los de Tehuantepec una embajada agregándose á la corona de Castilla.—Orígen del nombre *tarasco*.

Cuatro días permanecieron las tropas españolas en sus respectivos campamentos, despues de la toma de la capital azteca (1). Evacuada la ciudad por los habitantes; enterrados los cadáveres y dictadas las convenientes órde-

(1) «Allí en el real estuve tres ó cuatro dias, dando orden en muchas cosas que convenian, y despues nos venimos á la ciudad de Coyoacan.»—Tercera carta de Cortés.

nes para la purificación de la corrompida atmósfera, el ejército español pasó á Coyohuacan, hermosa y bien situada ciudad, perteneciente en otro tiempo á la nacion tepaneca, y conquistada por el emperador mejicano Itzcoalt.

Contentos los soldados españoles del éxito feliz que habia tenido la penosa y larga campaña que habian hecho hasta la rendicion de la capital, trataron de celebrar el triunfo. Hernan Cortés, no menos satisfecho que ellos, dispuso un banquete para obsequiarles. Se habia recibido en esos dias bastante vino de España y algunos cerdos, y nada faltaba para poder dar una comida abundante y suculenta. Se colocaron largas mesas en un espacioso y ventilado patio del palacio en que estaban alojados, y dispuestas las viandas se dió principio á la comida. El banquete fué una verdadera orgía. Los soldados que se habian visto privados por largo tiempo de todo licor, y que durante el sitio no se habian alimentado mas que de tunas y tortillas de maiz, se entregaron completamente á los placeres de la mesa. El exceso en la bebida trastornó la cabeza de algunos, y el desorden y la locura se apoderó de ellos al terminar la fiesta. Unos se subian sobre la mesa á brindar, á gritos, por el triunfo alcanzado; otros, llenos de doradas ilusiones, avivados por el licor, decian que habian de comprar magníficos caballos con sillas de oro, con la parte que esperaban recibir de los despojos ganados; muchos bailaban y cantaban, y no faltó quien, no pudiéndose tener en pié, diese con su cuerpo en tierra, quedando profundamente dormido (1).

(1) «Y hombres hubo en él que después de haber comido, anduvieron so-

Esta bacanal alegría, desagradó altamente al excelente sacerdote Fray Bartolomé de Olmedo. Manifestó á Sandoval, en el seno de la amistad, el disgusto que le causaba ver entregados al desorden de la orgía á los que debian estar dando gracias á Dios por la victoria que les habia concedido (1). Hernan Cortés, avisado del desagrado que el ministro del altar habia manifestado por los desórdenes del banquete, se acercó á él con respetuosa afabilidad, y le dijo: «Padre, disimulad este rato de alegría y de solaz que yo he dispuesto para mis soldados, mas para complacerles, que por mi voluntad. A vuestra reverencia le toca ahora disponer una procesion, decirnos misa y predicarnos la mas severa moral (2).»

El sacerdote agradeció al atento general la satisfaccion dada, y quedó señalado el siguiente dia para hacer una manifestacion religiosa al Hacedor Supremo por la victoria alcanzada.

Las tropas españolas, dominadas por el sentimiento cristiano, se formaron en procesion con sus capitanes á la cabeza. Los aguerridos soldados, olvidando las batallas y llenos de ferviente devocion, marchaban lentamente con las banderas levantadas, llevando de trecho en trecho vistosas cruces de madera y cantando la letanía, acompa-

bre las mesas; que no acertaban salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habian de ser de oro, de las partes que les habian de dar, y otros iban por las gradas rodando abajo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(1) «E le dijo á Sandoval lo mal que le parecia, é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante.»—El mismo.

(2) «Padre, no escusaba solazar y alegrar á los soldados con lo que vuestra

ñando á la imágen de la Reina de los cielos, que conducian en andas cuatro distinguidos oficiales. La procesion, presidida por el venerable padre Olmedo, recorrió las principales calles de Coyohuacan, despertando en los nativos un sentimiento grato hácia la católica ceremonia (1). Terminada la procesion, el virtuoso sacerdote celebró el augusto sacrificio de la misa. En ella recibieron la comunión, con profundo recogimiento, Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, otros notables capitanes y un número considerable de soldados (2). El Padre Olmedo, lleno de celo apostólico, pronunció un sentido sermon en que manifestó á las tropas los justos motivos que tenian á mostrarse agradecidos al Sér Supremo, por haberles salvado de los inminentes peligros en que se habian visto envueltos, les recomendó que no abusasen jamás del derecho de la fuerza, por ser contrario al espíritu del Evangelio, y se detuvo á patentizarles la grave responsabilidad que pesaba sobre sus conciencias si, faltando al sagrado objeto con que se habia emprendido la conquista, que era el de separar de la idolatría á los desgraciados que envueltos en sus sombras vivian, no trataban á los indios con la caridad y el amor que la religion cristiana ordena que se guarde á todos los hombres, cualquiera que sea su creencia. La

reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana: ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion, y que diga una misa y nos predique.»—Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la conq.

(1) «El fraile hizo una procesion en que íbamos con nuestras banderas levantadas, y algunas cruces, á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de Nuestra Señora.»—Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la conq.

(2) «Y otro dia predicó Fr. Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa

funcion religiosa terminó con una solemne accion de gracias al Todopoderoso por haber permitido que el símbolo de la religion del Crucificado, enseña de paz y de caridad para el género humano, se hubiera colocado sobre las elevadas torres del *teocalli*, consagrado hasta entonces al sanguinario dios Huitzilopochtli.

Pasado el entusiasmo del triunfo alcanzado, los soldados anhelaban la reparticion de las riquezas que constituian el botin de guerra, esperando que la parte que á cada uno tocase, bastaria para hacer su fortuna. El caudillo español obsequió el justo deseo del ejército, y despues de separar el quinto perteneciente á la corona, así como el quinto que le correspondia como capitan general, se procedió á la distribucion del resto. Las ilusiones de los que habian soñado con un porvenir de ventura y de abundancia, se desvanecieron como un engañoso sueño. La parte que le correspondia á cada soldado de caballeria, que eran los que debian percibir mayor cantidad, solo llegaba á cien pesos (1). El disgusto que causó en el ejército el amargo desengaño de una esperanza halagadora, fué terrible. Nadie quiso recibir la miserable parte que le tocaba en premio de las privaciones, peligros y fatigas de la penosa y larga campaña (2). Los soldados que habian pertenecido á Narvaez, empezaron á murmurar contra el general, ha-

después de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la victoria.»—Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la conq.

(1) «Y despues que lo hubieron tanteado, dijeron que salian los de á caballo á cien pesos.»—Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la conq.

(2) «Y de aquellas partes que nos señalaron, ningun soldado lo quiso tomar.»—El mismo.

ciendo participar de sus ideas á muchos de los antiguos veteranos. Sospechaban que el emperador Guatemotzin habia escondido las riquezas que le pertenecian y el tesoro que dejaron en los cuarteles, regalado por Moctezuma, y que Hernan Cortés sabia donde estaban. Decian que la mira del general era apoderarse de todo el oro y plata que existia, y que se hallaba de acuerdo con el monarca azteca en la ocultacion de las riquezas. Dominados por la injuriosa idea que habian concebido, pidieron á Cortés que diese tormento á Guatemotzin para que declarase el sitio en que tenia ocultos sus tesoros. El caudillo español les manifestó que seria un acto marcado de injusticia sujetar á la terrible prueba que pedian, á un ilustre prisionero á quien habia ofrecido tratar respetuosamente, y se negó con toda la energía de su alma, á lo que solicitaban. Trató en seguida de convencerles de que la mayor parte de las riquezas de la ciudad debieron caer en manos de los ejércitos aliados, que derramándose por las casas en número considerable, se apoderaban hasta de los objetos de poco valor. Aunque esta idea estaba admitida en todo el ejército, no habia la persuasion de que fuese cierta. La resistencia de Hernan Cortés á poner en el tormento á Guatemotzin, fué interpretada desfavorablemente para los dos. Las sospechas de que existia escondido el tesoro, tomaron cuerpo de realidad. El tesorero Julian de Alderete abrigaba la misma creencia, y deseando descubrir la verdad, instigaba á los soldados á que acusasen al general de hallarse en secreta inteligencia con Guatemotzin para defraudar á la corona la parte que le correspondia y enriquecerse con la cantidad perteneciente al ejército. Hernan Cortés se sin-

tió herido en lo mas vivo de su amor propio con la injuriosa suposicion que no tenia medios de desvanecer. Una comision, nombrada por los descontentos, se presentó pidiendo, con insistencia, que se aplicase el tormento al monarca azteca. El general español, á quien repugnaba aquel acto de crueldad, opuesto á la proteccion y consideraciones que habia prometido á su valiente prisionero, procuró aun convencerles de la injusticia del paso que se proponian dar, pero sus razones no hacian mas que avivar las sospechas. Muy sensible era para el caudillo español, segun el testimonio de Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de los sucesos, que se le sujetase al tormento por codicia de riquezas, al hombre que distinguia y respetaba; pero mal establecida su autoridad, no pudo resistir al exigente empeño de una multitud exasperada por la sospecha de que se les defraudaba la parte que les correspondia (1). Si el puesto que ocupaba le hubiera sido conferido por el monarca, puede asegurarse que hubiera impuesto silencio á los que ponian en duda su probidad; pero su nombramiento lo habia recibido del mismo ejército, y su posicion, por lo mismo, carecia de la solidez que da la legitimidad. Pero no solamente eran los soldados los que abrigaban la conviccion de que se hallaban de acuerdo Guatemotzin y Hernan Cortés en la ocultacion de las riquezas, sino que aun el mismo tesorero Alderete manifestó que elevaria una acusacion al rey contra el general, pre-

(1) «Y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra... le atormentasen por codicia del oro.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

sentándole como defraudador de los intereses pertenecientes á la corona. No pudiendo Hernan Cortés resistir á las exigencias de los que sospechaban de su interés, les entregó el prisionero para que ellos fuesen los que le interrogasen, no queriendo tomar él parte en el odioso asunto que repugnaba á sus elevados sentimientos (1). Hubiera querido librarle del tormento que preparaban á su ilustre prisionero, pero se encontraba aun en situacion mas crítica que en la que se halló Cárlos I de Inglaterra respecto de su ministro Strafford, á quien no pudo salvar de la sentencia de muerte pronunciada por la cámara de los comunes, no obstante la inocencia del acusado (2).

(1) D. Manuel Rivera, escritor mejicano, sufre una equivocacion al decir que Cortés fué el que aplicó el tormento, pues claramente se desprende de las siguientes palabras de Bernal Díaz, «pesó mucho á Cortés que le atormentasen por codicia del oro,» que él no tomó participio. De las palabras de Prescott se deduce igual cosa: «Entregó al príncipe en manos de sus enemigos, para que dispusiesen de él á su antojo.»

(2) El rey, á pesar de haber defendido á su ministro contra las acusaciones de la cámara y del aprecio que le consagraba, firmó su sentencia de muerte. El historiador inglés disculpa, sin embargo, el acto en los siguientes términos: «Como Cárlos amaba tiernamente al conde, mostró la mayor repugnancia é hizo los mayores esfuerzos para evitar la terrible necesidad de firmar la sentencia, pero en las circunstancias difíciles en que se encontraba, si se negaba á hacerlo, satisfaciendo sus sentimientos, podían resultar los mayores peligros, sin salvar al conde.» Como se ve, el rey de Inglaterra, en 1642, esto es, ciento cuarenta y un años despues, siendo dueño del poder y hallándose entre sus vasallos, tuvo que suscribir una sentencia injusta, que repugnaba á su corazon, «por hallarse en circunstancias difíciles,» y el conde Strafford, fué víctima del odio de la cámara de los comunes, ó como dice el historiador inglés ya citado, de «venganza popular.» No olvidemos al juzgar á Cortés, que su posicion era mucho mas crítica que la del rey de Inglaterra y que carecia de los elementos y de la autoridad de éste. Sobre todo, coloquémonos

El valiente y desgraciado Guatemotzin y su primo y gran privado Tetlepanquetzaltzin, rey de Tacuba, fueron puestos en el tormento á que en aquellos tiempos se sujetaba á las personas acusadas, de quienes se trataba de descubrir algun secreto (1). Colocaron á los dos prisioneros á corta distancia uno de otro, sentados en un banco, y se les aplicó el tormento quemándoles los piés á fuego lento con aceite hirviendo. El noble emperador azteca que habia dado pruebas inequívocas de poseer un espíritu esforzado, no desmintió en esos momentos su heroico valor y el dominio de su voluntad sobre los padecimientos físicos. Al escuchar los lamentos de su pariente, arrancados por el dolor, Guatemotzin le reprendió su debilidad, diciéndole: «Hombre apocado y de poco corazon, ¿estoy yo acaso en algun deleite ó baño?» Frase, que vertida de una manera mas poética, ha llegado á hacerse proverbial (2). Hernan Cortés, avergonzado con la idea de la mancha que sobre él recaia, con el indigno tratamiento dado á un prisionero

por un instante en la situacion de él, y despues de estar seguros de lo que nosotros hubiéramos hecho al vernos acusados y oyendo estallar la ira de los que se consideraban defraudados, juzguemos con la imparcialidad que exige la justicia, del acto del caudillo español.

(1) En Inglaterra el ilustre jóven Alonso Rabington, declaró contra Maria Estuardo por temor al tormento. Por eso esta reina al defenderse de sus acusadores dijo «que la confesion de Rabington habia sido arrancada por el temor de los tormentos.» (Hist. de Ingl. por Goldsmith.) Y esto fué en el reinado de la reforma, sesenta y cuatro años despues de la conquista de Méjico. Por temor al tormento delató tambien á sus cómplices, en el reinado de Jacobo I, el conspirador Jawkes, que era el que estaba encargado de hacer volar el parlamento cuando estuvieran reunidos sus miembros.

(2) Las palabras que trae Gomara de «deleite ó baño,» han sido sustituidas para hacer mas poética la expresion, por «lecho de flores.»

á quien habia ofrecido favorecer, hizo que le quitasen del tormento, echando en cara á los que habian sido causa de aquel acto, su infuero proceder (1). Guatemotzin, en medio de los agudos dolores que sufrió sin quejarse, únicamente confesó que, cuatro dias antes de la toma de la capital, habia mandado arrojar á la laguna el oro que tenia, así como los cañones y armas cogidas á los españoles en la *Noche Triste* y en el asalto en que fueron desbaratados. Indicado por Guatemotzin el sitio del lago en que fueron arrojadas las riquezas, excelentes buzos y nadadores bajaron á registrar el fondo; pero nada encontraron en él. Únicamente se encontró en una alberca espaciosa y de bastante profundidad que habia en la casa de Guatemotzin, una pieza de oro que representaba el sol, bastantes joyas y algunas alhajas curiosas, aunque de poco valor. El rey de Tacuba dijo que en las casas que tenia en su ciudad, guardaba algunas piezas de oro, las cuales entregaria si querian acompañarle por ellas. Marchó con él Pedro de Alvarado, acompañado de seis soldados, entre los cuales iba Bernal Diaz del Castillo; pero cuando llegaron al sitio, manifestó que nada tenia; que habia asegurado lo que no era cierto, por ver si lograba morir en el camino, y que puesto que no tenia oro que darles, le quitasen la vida. Pedro de Alvarado procuró tranquilizarle, y volvió con él á Coyohuacan, manifestando lo que habia pasado (2).

(1) El quemar los piés á fuego lento con aceite hirviendo, para arrancar un secreto de aquel á quien se reducía á prision, era bastante comun en aquellos tiempos. El mismo tormento dieron pocos años despues los enemigos de Cortés, al español Rodrigo de Paz, para que descubriese el sitio en que el conquistador tenia guardados sus tesoros.

(2) Al decir en las últimas páginas del tomo tercero, que Guatemotzin

Desvanecidas del todo las esperanzas de los que se habian imaginado ver recompensados los trabajos y peligros de la penosa campaña con la riqueza que les proporcionase el botin de la capital azteca, el disgusto creció entre los soldados que habian pertenecido á Narvaez. Habian soñado con mejorar de fortuna, y se encontraban con que ni aun tenian para pagar las armas y caballos que habian comprado al salir de la isla de Cuba. No eran ejércitos aquellos á quienes el gobierno proveia de armas, de corceles y municiones. Cada voluntario de los que se lanzaban á empresas aventuradas en la América, compraba lo necesario para el servicio, y el premio era proporcionado á los resultados de la empresa acometida, pues no recibian sueldo ninguno.

Todos los soldados de Cortés habian hecho gastos muy superiores á la mezquina parte que les tocaba y que, por lo mismo, no quisieron recibir. Las ballestas las habian comprado á cincuenta pesos, á igual precio las espadas, y los caballos á ochocientos ó mil duros (1).

No hay cosa que mas disguste al hombre, que el ver falli-

fué hecho prisionero en el punto llamado hoy «Puente del Clérigo,» se olvidó poner la siguiente nota. Aunque se suele enseñar el Puente del Clérigo, que está próximo á la plaza de Tlatelolco, como el sitio en que cayó prisionero Guatemotzin, resulta de las investigaciones que el baron de Humboldt hizo, como él dice, con el padre Pichardo, clérigo de San Felipe Neri, que el punto fué en donde hubo despues de la conquista un gran estanque, que ya no existe, que se encontraba entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago Tlatelolco y el puente de Amaxac.

(1) «Que debíamos de ballestas á cuarenta y á cincuenta duros, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos, y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta y desta manera eran tan caras las cosas que habíamos comprado.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

das las esperanzas que ha acariciado como una realidad próxima. Preocupado aun despues del desengaño, de que no habian sido quiméricas ilusiones las que habia concebido, busca á quien culpar del cruel resultado de sus operaciones.

Los descontentos, viendo que no podian abrigar contra su general la ofensiva sospecha que habia dado motivo al tormento de Guatemotzin, empezaron á murmurar de la manera con que habia sido repartido el oro recogido. Para que llegasen á conocimiento de Hernan Cortés las quejas que contra él abrigaban, se valieron de un medio que revela de una manera clara la osadía de los descontentos. La casa en que se alojaba el caudillo español en Coyohuacan era espaciosa y ostentaba las paredes recién blanqueadas. Los soldados escogieron aquellas paredes, como papel para pasquines insultantes contra su general. Todos los dias aparecian letreros injuriosos en prosa y verso, escritos con carbon en el exterior del edificio, á los cuales Hernan Cortés, que no carecia de estro poético, respondia en el mismo estilo, dice Bernal Diaz, «por buenos consonantes y muy apropósito en todo.» En un pasquín decian, «que ellos no debian llamarse conquistadores de Méjico, sino conquistados por Cortés.» En otro se leia «que no bastaba tomar la parte que correspondia como general, sino además el quinto, como rey.» Como el número de epigramas iba en escala ascendente, el general español, queriendo evitar que se continuase escribiendo nuevos pasquines, puso las siguientes palabras: «Pared blanca, papel de necios.» No alcanzó su objeto, pues á la mañana siguiente apareció escrito al lado de ese pensamiento, la contesta-

cion á él, que decia: «Y aun de sabios y verdades (1).»

Bien sabia el caudillo español que la mayor parte de los insultantes epigramas, eran producciones de un amigo de Diego Velazquez, llamado Tapia, que hacia cabeza entre los descontentos; pero no queria darse por entendido, esperando que se avergonzase de sus injustos ataques. Viendo el padre Fray Bartolomé de Olmedo que los conceptos que se vertian en los pasquines, eran cada dia mas repugnantes, manifestó á Cortés los males que podrian resultar á la tranquilidad general y á los intereses de la corona, si no se cortaba inmediatamente el abuso de los inquietos. El jefe castellano comprendió que era justa la observacion del prudente sacerdote, y admitiendo el consejo, prohibió que se escribiesen en lo sucesivo ninguna frase maliciosa, imponiendo graves penas á los contraventores. La providencia fué acertada, pues nadie se atrevió á continuar manifestando por escrito su desagrado.

Como los soldados habian contraido algunas deudas comprando objetos de guerra á varias personas que desde antes de poner sitio á Méjico se habian dirigido desde Veracruz al campo de Cortés, los acreedores les acosaban exigiéndoles el pago. Con la esperanza de que la abundancia del botin bastaria á satisfacer el valor de las armas compradas y á labrar la fortuna de todos, los soldados no habian puesto objecion al precio que les habian pedido por los objetos; pero cuando vieron que solo les tocaba una cantidad insignificante, manifestaron que se les co-

(1) Bernal Diaz trae, además de los rótulos que dejo indicados, otros muchos no menos satíricos hácia el general español.